

CUENTO

El fantasma

OSCAR LONDOÑO PINEDA*

Cuando me visitó aquella vez, lo noté más preocupado que de costumbre. No obstante, siempre llegaba desplegando una sonrisa cordial y la mano tendida hacia lo alto para hacer más cierta su presencia, como si su metro con ochenta de estatura no fuera suficiente. Yo advertía en forma que no podría precisar, el motivo, que trataba de ocultar cuanto pudiera estar mortificándolo. No alcanzaba a llegar a ser su confidente. Creo que nunca nadie lo fue para facilitar que su mundo interior, sus más íntimas congojas pudieran encontrar un cauce en la experiencia contada, en la palabra atribulada, en el gesto explosivo.

Me visitaba más que porque pudiera esperar algo de mí, porque una vecindad de muchos años en nuestra infancia le ayudaba a reencontrar los recuerdos de que tan necesitado parecía estar, lejána ya la aldea y las personas que en torno suyo y mío discurrieron por aquellos años. No habiendo logrado tampoco intimar mucho por aquél entonces, por razón de una diferencia de edades, lo cierto era que de la puerta de su casa a la mía no había distancia mayor a la que interponía la pared medianera, pared que a lo largo de toda su extensión era testiga del discurrir de su hogar y el mío como confidente y vínculo más que separación. Esa familiaridad de rostros y voces, de costumbres y horarios constituían la razón de nuestros encuentros de ahora, más que tarea o proyecto alguno suyo o mío; casi que el tema de nuestras conversaciones.

Mas siempre quiso presentar la imagen de un hombre a quien la labor de cada día le resultaba si no venturosa, por lo menos no

* Abogado de la Universidad Nacional, exalcalde de Tuluá, exconcejal y exjuez penal de la misma ciudad, exjuez de instrucción criminal de Bogotá, exsecretario del Departamento Administrativo de la Aeronáutica Civil, actualmente es magistrado del Tribunal Contencioso Administrativo del Valle, profesor universitario.

esquiva y que en ese ir y venir de cada día, por calles, almacenes, despachos, había mucho de entretención, una forma de matar el tiempo en un medio que de por sí era difícil y que demandaba no sólo diligencia sino optimismo para afrontarlo. Sus visitas a mi cuarto de ordinario se producían en la hora menos pensada, su permanencia no era prolongada y nunca proyectó salida alguna al café próximo o al cine no tan próximo, o a sitio alguno, que era lo usual entre quienes identificados por la nostalgia del hogar o la tierra nativa, buscaban espacio y tiempo para recuperar o retener sus emociones a través de las palabras.

—¿Qué has sabido de la casa?— Me preguntaba, invariablemente.

—Nada, hace días no sé nada—, era mi respuesta.

—Y tú, ¿qué has sabido?

—Menos.

—¿A que lo atribuyes?— Pregunté ante el acento decaído que había dado a su respuesta.

—Sabes que cada año, muere tía y media y ya hace varios años que me vine.

—¿Cómo, qué dices? Explicame.

Comprendí que encontraba dificultad en dar esa explicación. El la tenía muy clara en su interior, como lo advertí al mirar sus ojos y comprender que estaba seguro de haber dicho una verdad. Comprendí también, que no la sabía explicar.

—Como te digo, muere una de ellas y comienza ese mismo año a morir la otra en un proceso que termina al año siguiente.

Porque yo sabía que eso era cierto no me atreví a decir nada. Me levanté de mi silla y fui en busca de un periódico de la región, donde aparecía el retrato de la madre de él con una nota al pie en la cual invitaban a un nuevo aniversario.

—¿Viste esto?— le pregunté alargándole el periódico.

—No, no lo había visto. Y agregó: —Son cinco años los que han pasado desde cuando falleció.

La conversación comenzaba a hacerse difícil por el torrente de recordaciones que la impulsaban.

—Pensar que hace diez años me vine. Se llevó las manos a la frente, inclinó la cabeza y se sumió en un silencio que yo bien comprendía que era de dolor. Quise sustraerlo a esa emoción preguntándole por Alberto, y él me contestó:

—Ahí está en la casa, es el único que atiende a las viejas, por lo menos les hace compañía.

—Es una suerte que lo tengan.

—Sí. La mala situación en que se vió lo llevó a la casa a quedarse allí compartiendo la pobreza con mis tías.

Volvió sobre mi recuerdo la presencia de Alberto, delgado, dé caminar lento, con una tristeza tal en la mirada como si se sintiera en un mundo extraño, con un discreto señorío en el trato. En verdad que el matrimonio de Irma la hermana de mi amigo, había incorporado a la familia un ser bueno, tan bueno como lo eran todas ellas, tías y hermanas, con la misma porción impresionante de pobreza que ellas, mas con un oficio de artesano que si no era lucrativo en sus manos, por lo menos facilitaba un modesto pasar a su familia. Fue en la época de la violencia en la región cuando vió interrumpida esta posibilidad de supervivencia, y optó, con el beneplácito de las parientes de su mujer, por irse al lado de ellas, a otra ciudad, para hacer menos dura la soledad, aun cuando no menos cierta la mezquindad de sus ingresos. Aún así, bajo aquél techo había el sosiego que da el estar en paz con los semejantes, sostenido con una dura armazón de renunciamientos.

Mi amigo y yo habíamos callado mientras el tumulto de los recuerdos buscaba espacio para quietarse. Fue, cumplida esta recuperación, cuando él volvió sobre su maletín, se puso de pies e indicando con la mirada que ya era hora de partir, dijo:

—Se me está haciendo tarde, vuelvo pronto.

Y partió con su paso largo, nervioso, en tanto su sombra duplicaba su altura sobre el descubierto corredor en una extensión impactante. Pensé, en ese momento, que era la angustia hecha sombra.

Cerrada la puerta tras el "adiós" que quedó flotando en el aire con una permanencia inusual, volví a la silla que había ocupado él, y sentí que sobre mi piel se arremolinaban pequeñísimos volcanes en acción. Comprendí que mi amigo estaba asediado por los recuerdos en forma más cruel que nunca. Cerrados los ojos, reproduciendo un poco la posición que él había representado en el momento de hablar de sus años de ausencia, comenzó a desfilar ante mi memoria aquél cuadro familiar.

Adriana la madre, erguida, alta, imperativa, con una preocupación muy desvelada por su atuendo, con rasgos de belleza en su rostro sobre los cuales ya comenzaban los años a trabajar para cumplir su tarea de devastación, con manos finas que alargaba como una forma de ganar espacio en el espacio que ocupaba, con unos ojos de singular viveza y luminosidad y que al mirarlos, parecían coleccionar paisajes y emociones que se resistían a sumergirse entre el fondo de una memoria en deterioro. Parecía asumir siempre, entre sus hermanas, una condición de merecimiento y respetabilidad mayor quizá por haber dado dos hijos al apellido que las agobiaba con su signo de tradición, y porque, además, siempre había tenido el carácter muy dispuesto para no pasar entre la familia a una condición subalterna.

Yo veía en algunos rasgos del rostro y en algunos ademanes de Domingo, algo, si no mucho, de su madre. No era igual al observar su temperamento nervioso, porque de aquella no lo había heredado, pero sí su altivez. Nunca supe qué llevó a Domingo a ausentarse de su hogar, ni jamás conocí quién fue su padre ni las circunstancias familiares que habían precedido su llegada a aquél hogar. Los años de nuestra vecindad no daban para preocupaciones de esta naturaleza y cuando ya comencé a interrogarme sobre ellas, estaban distantes quienes podrían hacer claridad. Los míos, los de mi hogar, ya también comenzaban a desgranarse hacia lo intemporal.

Domingo volvió a visitarme más pronto de lo que yo esperaba. Lo ví sonriente, con una sonrisa que en verdad denunciaba un alborozo interior. Debió haberle ido bien en alguno de sus negocios, tal vez alguna buena noticia del hogar lejano le había deparado ese estado de ánimo.

No será, me pregunté, que quiere borrar la imagen de agobio que lo dominó en su última visita? Y pensaba que podía haber vadeado el caudal de emociones adversas que lo tenían de su cuenta cuando se despidió y que quería hacérmelo saber, como testigo único y excepcional que había sido de esa postración transitoria.

Te veo muy bien, fue mi comentario.

—Sí. Es tan jodida la vida que cuando uno ya cree que no tiene salvación, lo coge y lo saca y le hace ver todo lo contrario.

—Qué tal si así no fuera.

—No se podría vivir. Contestó.

Aproveché su estado de ánimo para despejar una curiosidad que por muchos años mantuve respecto a la insistencia conque, entrada la noche, golpeteaban las teclas de un máquina de escribir hasta las primeras horas de la madrugada:

—Ese era Alberto, quien escribía todas las noches en su vieja máquina de escribir.

—¿Y qué escribía?

—Guiones para cine.

—¡Guiones para cine! —repetí extrañado. No me cabía en la cabeza que el ebanista del día, fuera el escritor de la noche, ni que ese hombre elemental y casi rústico estuviera comprometido en tan altas tareas creativas. Rápidamente pasó por mi imaginación la semejanza entre la materialidad de las maderas y la inmaterialidad de la creación literaria, entre el pulimento de las superficies, su brillo y su esbeltez y el pulimento, brillo y esbeltez de la palabra escrita. Y al comparar este universo de formas y de ideas con quien las había tomado como vocación, encontraba unas distancias insalvables que no podía menos que producirme la sorpresa que le manifesté a mi interlocutor.

—Sí, guiones para cine, así como lo oyes. —Y pasó a explicarme que Alberto escribía en su cuarto, en una desvencijada máquina, sabiéndose la hora en que iniciaba su tarea pero sin término fijo para concluir la y todo esto dentro del gran silencio que la noche le ofrecía.

Fue entonces cuando le conté que por varios años escuché yo esa labor sin poder determinar quién la hacía, ni con qué finalidad, suponiendo que fuera parte de la labor de la maestra que había tomado en alquiler una pieza.

—¿Y qué escribe? Usted ha conocido algo de eso?— le pregunté con mayor curiosidad.

—No. El escribe y escribe y según mi hermana, envía los textos al extranjero y se queda en espera de respuesta.

Entre uno y otro tinto que apresuradamente preparé a mi amigo en un modesto reverbero que cumplía bondadosas tareas de servicio en mi cuarto, se desenvolvía esta conversación que ponía término a antiquísimas preocupaciones sobre esa tarea mecanográfica y hacía surgir nuevas sobre el resultado de la misma.

—¿Y le contestaban?— pregunté ante el silencio de mi amigo para adelantar algo más sobre el asunto.

—Parece que no, porque la misma pregunta le hice a mi hermana y ella me dijo que le parecía que no.

—¿Por qué diría ella que le parecía que no?

Se apresuró a responderme:

—Porque a él le llegaban cartas, pero no sé si era diciéndole que le habían recibido los escritos o aprobándoselos, o devolviéndoselos.

Guardé silencio mientras reconstruía los espacios donde debían haber sucedido esos hechos. Un cuarto amplio, propio de las casas antiguas, una ventana mirando al patio y una puerta también mirando al patio, un abovedado alto, una cama de matrimonio en mitad de la pieza, un bombillo poniéndole fin a un cable que se descolgaba de la mitad del encielado, una amplia cómoda de madera, y al pie de la ventana una lámpara sobre una mesita escritorio y allí Alberto enfrentado a las palabras, amarrando y desamarrando personajes, infundiéndoles vida, poniéndolos a andar con destino a las pantallas de Hollywood.

—¿Y a dónde envía los guiones?

—A Hollywood—, me contestó con mucha seguridad.

—A Hollywood, en los Estados Unidos, o a alguna firma de cortometrajes? — agregué porque, aún respondida en la forma como respondió mi pregunta, yo seguía creyendo que mi amigo estaba equivocado.

—A Hollywood, allá donde están las estrellas más famosas en los Estados Unidos.

Nada pude decir. Yo advertía que la conversación, con todos sus suspensos y todas mis sorpresas, le resultaba agradable a mi amigo y más aún cuando yo sonreía incrédulo al pensar que Alberto tuviera, entre tanta pobreza y tanta escasez de carnes, capacidad para vivir el otro sueño, el de la creación literaria, el de la gloria del logro cinematográfico, el del nombre circulando por todo el mundo a la mirada de millares de espectadores. No pensé yo en ese momento, en dólares y en regalías, tan necesitados por Alberto, sino en los combates que en la noche debía librar para salir victorioso a la madrugada de ese proceso de domesticación de sueños y personajes, palabras y situaciones.

—¿Y conociste alguno de esos guiones?

—No. En su texto no. Alguna vez mi hermana me contó alguno, el único que él le había contado.

Domingo preguntó por la hora en un sorpresivo gesto de afán y como comprobara que era tarde, se despidió. No logré entonces conocer el contenido del guión que él decía conocer y alenté la esperanza que durante una nueva visita me lo diría.

Luego lo encontré en la calle y como cosa única, entramos a tomarnos un tinto a un cafetín y me contó el argumento del guión escrito por Alberto.

Pasaron varios meses y Domingo no volvió. No tenía a quien preguntarle por él, porque ni conocía sus amigos, ni su lugar de residencia, ni menos aún el de trabajo. Por eso que cuando abriera el periódico de la mañana y viera el retrato de mi amigo, sintiera pánico, aún sin saber el motivo de su presencia allí. La información decía que él había ido hasta el Salto de Tequendama, había conversado con alguna de las personas que por ahí merodeaban y

ésta había contado que “ese señor se situó al borde del Salto, se quitó los zapatos y mirándolos gastados en sus suelas había dicho que ‘la vida era un verdadero acabadero de zapatos’; que luego había arrojado el maletín y, dejando solamente la cédula de ciudadanía sobre la piedra de los suicidas, él se había arrojado”.

Yo sentí espanto con el relato. Coincidió exactamente con el que me había contado días atrás, en el cafetín. Sólo que estaba demostrado, con el relato de prensa, que había cumplido sólo una parte: un hombre simula su muerte, porque quiere desaparecer de entre su familia, sus amistades y su trabajo, para emigrar, con otro nombre que tenía previa y falsamente legalizado, a otro país a comenzar una nueva vida.

Sin embargo hay quienes dicen, que quien apareció dando la información de haber visto a un hombre lanzarse, fue él mismo, ya con otro nombre.

Tenía un pasaporte en el bolsillo.